

EMPLEO

Cuando el **saber** ocupa demasiado

La tasa de sobrecualificación de los titulados superiores españoles llega al 45%, el doble de la media europea

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA VEGA

Contaba Camilo José Cela de qué forma había escrito el Pascual Duarte. "Sumé violencia sobre violencia y eso quedó como un petardo". En los años de crisis económica muchos jóvenes españoles han sumado formación sobre formación y eso, también, quedó como un petardo. Nadie duda del valor de aprender. En cualquier materia, todo suma. Pero cuando lo aprendido no garantiza un puesto de trabajo, la grieta entre universidad y mercado laboral se agranda.

Las estadísticas percuten sobre esta idea. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) explica que la tasa de graduados españoles sobrecualificados alcanza el 44%. Mientras que Eurostat (la agencia de estadísticas de la Unión Europea) la sitúa en un 35%. Sean galgos o podencos, es el doble si la comparamos con la media de nuestros socios. Y supone afrontar una dolorosa paradoja: duplicamos el nivel de paro frente a Europa y también de chicos *demasiado* formados.

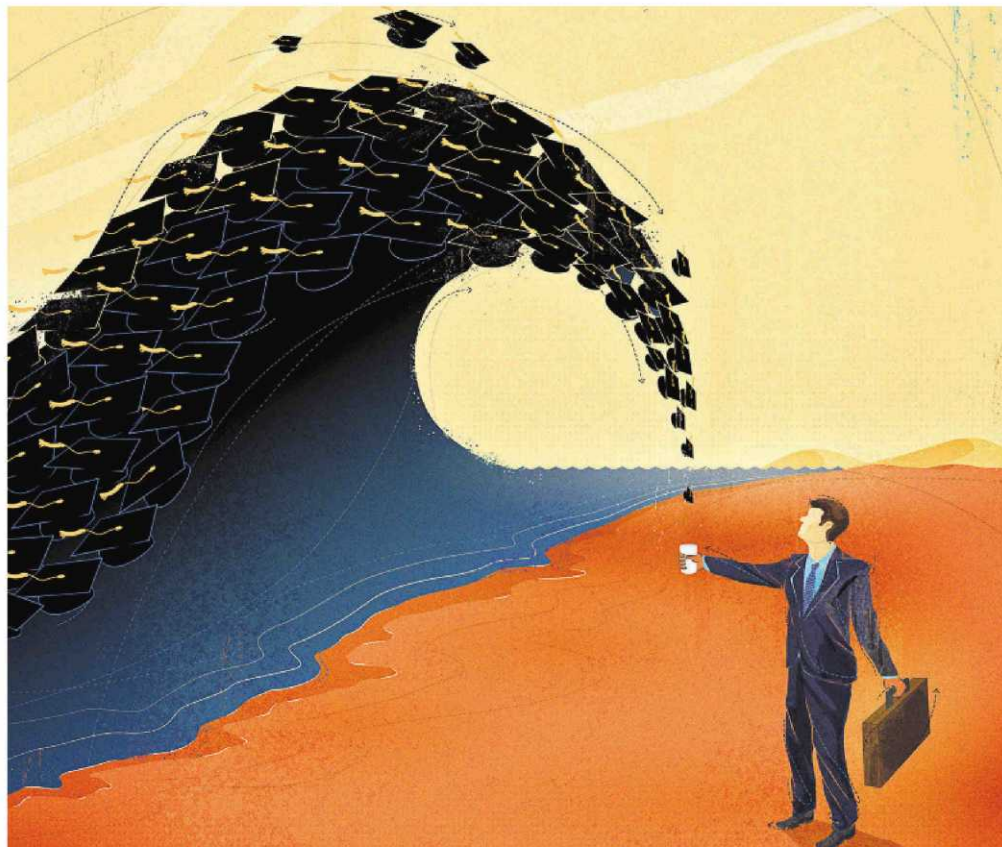
Todo esto que se escribe en un párrafo genera algo muy profundo en los jóvenes: frustración. Marta Casadelrey (nombre ficticio de una personal real) estudió arquitectura técnica. Estos días trabaja de camarera en un bar próximo a la calle de Génova de Madrid. "Pasas de la ira a la aceptación. No te queda otra. Te adaptas. Más cuando, como yo, eres madre de un niño pequeño", relata tras la barra.

En esa misma renuncia habitan miles de jóvenes. "Con la crisis ha llegado un fenómeno que no habíamos visto nunca. Los universitarios están dispuestos a trabajar en empleos para los que están sobrecualificados. Antes los rechazaban. Lo cual es una mala señal porque significa que se ven obligados a ajustar sus expectativas de vida a la baja", observa José García Montalvo, catedrático de Economía de la Universidad Pompeu Fabra (UPF). Ese fenómeno produce además que estos jóvenes desplacen a los chicos con niveles de formación más bajos, lo que aumenta la sobrecualificación.

VOLVER AL PASADO

Si buscamos las causas de este problema habría que ir al pasado. "Desde los años setenta del pasado siglo se ha acuñado la idea de que un título universitario aseguraba el empleo y a la vez, equivocadamente, la formación profesional sufría el desprestigio", narra Sandalio Gómez, profesor del IESE. Si a esto se suma un paro alto, "una economía del siglo XXI frente a una universidad del XX", según Iñaki Ortega, director de Deusto Business School Madrid, y unas empresas que no ofertan puestos para perfiles muy cualificados se gesta la tormenta perfecta.

Sin embargo, el escenario resulta aún más trabado. Sería erróneo pensar que la sobrecualificación se justifica en una baja demanda de empleos muy cualificados. Ángel Gurria, secretario general de la OCDE, advierte de que el nivel de conocimientos de un universitario español es parecido al de un estudiante japonés de secundaria.



También pervive un empeño histórico en formarse en materias con baja inserción. En los años noventa del siglo pasado -recuerda José García Montalvo-, las humanidades, magisterio, geografía e historia y bellas artes eran las titulaciones con menos salidas. Décadas más tarde continúan teniendo una fuerte demanda entre los estudiantes.

Pero hay que reaccionar porque el mundo laboral que llega resulta más apocalíptico que integrado. Esa es la previsión de Ignacio García de Leániz, profesor de Recursos Humanos de la Universidad de Alcalá de Henares (Madrid). "En los próximos 20 o 30 años el empleo será un bien muy escaso", prevé. "Parece que nadie quiere entender que las nuevas tecnologías crean un puesto de trabajo y destruyen cuatro". Este mundo en movimiento reserva más sorpresas. "Las empresas ya no podrán ofrecer una carrera profesional a sus trabajadores", aventura García de Leániz, y la temporalidad será una pringosa presencia. ¿Qué hacer?

El Ministerio de Educación, Cultura y Deporte apunta parte de la respuesta a través de sus estadísticas de inserción laboral. Ha contabilizado el porcentaje de titulados universitarios que el año pasado estaban afiliados a la Seguridad Social dentro de un grupo de cotización acorde a su nivel formativo. De esta manera, los datos evidencian dónde la inserción resulta más precisa y menor, por tanto, la sobrecualificación.

En general, las titulaciones técnicas, matemáticas y estadísticas son los grupos con mayores tasas de empleo. Mucho tiene que ver el *boom* del universo *big data*. Pero los detalles resultan valiosos. Medicina (100%) está perfectamente ajustada a su categoría. Y comparte esa misma franja alta con los licenciados en radioelectrónica naval (100%), odontólogos (98%), ingenieros aeronáuticos (94%), ópticos (91%) e ingenieros navales (91%). Al otro lado, las magulladas humanidades. Diplomado en biblioteconomía (28%), licenciado en historia del arte (30%), relaciones públicas (30%), geografía (35%) y, claro, periodismo (38%).

ENCAJE LABORAL

Este mapamundi de la enseñanza evidencia que la mejor arma contra la sobrecualificación *obligada* es escoger bien los estudios. Barack Obama publicará este año

"Las nuevas tecnologías crean un puesto de trabajo y destruyen cuatro", afirma el profesor García de Leániz

El desafío de mantener el talento

"Prefiero la sobrecualificación a la incompetencia". Francisco Puertas, *managing director* de talento de Accenture Strategy, tiene claro cómo debe enfrentarse una empresa al reto de fichar gente muy formada para puestos inferiores a sus conocimientos. Este profesional, que sitió por primera vez este problema ("sin duda, grave") en 2006, distingue, con la precisión taxonómica de un botánico, entre la "sobrecualificación consentida y la resignada". La primera retrata a quienes se conforman, por decisión personal, con un puesto de trabajo de perfil medio o bajo mientras la segunda es la que revela el problema. Gran competencia pero sin oportunidades en la compañía. Para retener estas miradas, Puertas aconseja ofrecerles teletrabajo, vacaciones alternativas y un mayor grado de autonomía en sus puestos. Eso sí, para no llegar a esta situación la "universidad debe hablar muy claro y explicar, de verdad, las salidas profesionales de cada grado", zanja.

un *ranking* que relaciona el coste de estudiar determinadas titulaciones en ciertas universidades y su nivel de encaje laboral. Ya que los universitarios estadounidenses aportan una deuda de 1.000 millones de dólares por sus estudios, que, al menos, sepan dónde existen más posibilidades de hallar empleo.

Desde luego, asumir una lectura así supone olvidarse de estudiar aquello para lo que uno tiene vocación o aptitudes. Es aprender lo que demanda el mercado laboral. Darwinismo educativo, pensarán algunos.

Todo esto construye un serio problema, aunque haya quien rebaje el tono. "La sobrecualificación no es dramática, el drama

es que los jóvenes españoles no encuentren trabajo", apunta Ceferi Soler, profesor de ESADE. Incluso hay quien, como Ignacio Cristóbal, responsable de Dirección de Personas de la Universidad de Navarra, califica este fenómeno de "coyuntural" debido a la crisis.

De momento, la coyuntura lleva consigo 300.000 españoles menos trabajando que cuando Rajoy llegó a La Moncloa y gran parte de esa destrucción de empleo se ceba en los menores de 30 años. Para las generaciones precedentes, la formación era garantía de trabajo. Hoy no basta. Triste legado que les deja nuestro tiempo a esos jóvenes que construirán el futuro.